



Tito Mundt y nuestro oficio

por SILVANIL



No puedo dejar de anotar algunos recuerdos personales del gran periodista que hemos perdido y que formó parte de una pléyade, entre lo más conspicuo y granado de los hombres de prensa chilenos que pasaron por mi revista "Qué Hay" y entre los cuales mencionare a Fortín, Gonzalo

Orrego, los dos Olivares (el bueno y el malo como los llama Bernardo Leighton), Santiago del Campo, Gustavo LaBarca, Avelino Urzúa, Rodrigo González, Anibal Pinto, Mario Díaz y otros.

Cada uno tenía su particularidad. La de Tito era, como se sabe, su velocidad. Le decíamos que deberían pesarle perle por exceso de velocidad aunque no tenía auto. Se perdía no se sabe dónde. Conversando, tal vez

Se le esperaba con impaciencia. Cuando esto llegaba al límite, aparecía Tito silbando y en media hora preparaba las centrales con la adecuada jerarquía y la precisión del que dispara con la seguridad de dar en el blanco.

Pero tenía otras singularidades muy dignas de apuntarse. Nunca jamás metía de por medio su persona en las cosas de la revista. Ni odios ni amores ni amistad. Únicamente lo que era de interés público. No entendía su oficio de otra manera. No alentaba animosidades o, si las tenía, no las desfogaba en sus escritos profesionales, lo cual me parecía un signo de rara hidalguía. Además aunque era pobre, fue siempre incorruptible. No mancilló su pluma con transacciones ni compromisos. Parecía un poco extravagante, desconcertante, le gustaba decir cosas paradojales, agresivas contra

el sentido común. Debajo de ese ímpetu, de esa especie de caos verbal e intelectual, había una extraordinaria inteligencia, una inteligencia fina y penetrante que se adelantaba a los hechos.

Fue ibañista como yo. Y lo mismo que yo estuvo preso durante el régimen de Ibáñez. Compartíamos la celda de Capuchinos y no me dejaba dormir porque me despertaba para anunciarme que al día siguiente, a las 4 de la mañana en punto, me comunicaría una noticia importante. Ahí estaba su amable proporción infantil que lo impulsaba a jugar, incluso juegos de muerte. Cuando nos dieron libertad, en una cosa estuvimos de acuerdo: en que seguíamos ibañistas y que lo sucedido no tenía mayor importancia.

Tito Mundt, con estas cualidades de hombría y con su encanto de niño bueno aunque algo travieso, se convirtió en un acaparador de amistades. Sus amigos estaban diseminados no en Santiago sino en el país. No sólo en Chile sino en el mundo. Recibía cartas de políticos europeos, de escritores franceses, de actrices de cine. Les recibía y las contestaba en sus idiomas originales. Se daba tiempo para todo. Pero no se daba importancia. Con una carta del general De Gaulle en el bolsillo, hacía piruetas encima de la mesa para divertir a sus camaradas.

Estas breves pinceladas deberán servir para saborear imágenes desvanecidas del curso de nuestro oficio. Y también, yo quisiera ofrecérselas a los jóvenes de las escuelas de Periodismo para que las meditaran porque es muy posible que puedan obtener más de alguna lección derivada de la personalidad de este hombre que siempre fue joven y que, al madurar en el ejercicio de su profesión, conservó lo mejor de la experiencia que dan los años y lo más perfilado y auténtico que es posible conservar de la más bella edad.

Tito Mundt y nuestro oficio [artículo] Silvanil.

Libros y documentos

AUTORÍA

Silvanil

FECHA DE PUBLICACIÓN

1974

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Tito Mundt y nuestro oficio [artículo] Silvanil. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile